

**20ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 15,21-28.**

*En aquel tiempo, Jesús salió y se retiró al país de Tiro y Sidón.*

*Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:*

*-Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.*

*Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:*

*-Atiéndela, que viene detrás gritando.*

*Él les contestó:*

*-Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.*

*Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas:*

*-Señor, socórreme.*

*Él le contestó:*

*-No está bien echar a los perros el pan de los hijos.*

*Pero ella repuso:*

*-Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.*

*Jesús le respondió:*

*-Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que desees.*

*En aquel momento quedó curada su hija.*

## **¡SEÑOR, SI TÚ QUIERES, PUEDES SANARME!**

El Evangelio de hoy nos presenta **«todo un ejemplo de fe»** en el encuentro de Jesús con la mujer cananea, una mujer extranjera para los judíos. La escena se desarrolla mientras Jesús está en camino hacia las ciudades de Tiro y Sidón, en el noroeste de Galilea. Es aquí donde la mujer implora a Jesús para que cure a su hija que, según dice el Evangelio, **«estaba malamente endemoniada»**

Jesús, en un primer momento, **«parece no escuchar»** el grito de dolor de la mujer, hasta el punto de que son sus propios discípulos los que interceden por ella. Pero esta aparente falta de atención del Señor no desanima a esta madre, que insiste en su petición. La fuerza interior de esta mujer, que le lleva a superar cualquier obstáculo, hay que buscarla en su amor materno y en el convencimiento de que Jesús puede satisfacerle su necesidad.

Si Jesús hubiera escuchado a la mujer cananea en el primer momento habría conseguido la liberación de su hija y habría tenido menos problemas. Sin embargo, de este modo la fe de esta mujer se purificó, hasta arrancar de Jesús ese grito final de entusiasmo: **«Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que desees»**. Desde aquel instante, constata el Evangelio, su hija quedó curada. Pero ¿qué le sucedió a la mujer durante su encuentro con Jesús? Un milagro mucho más grande que el de la curación de la hija. **«Aquella mujer se convirtió en una creyente»**. La mujer cananea es toda una **«maestra de perseverancia y oración»**.

Esta sencilla historia evangélica nos enseña mucho. Y es que una de las causas de sufrimiento para un creyente, hasta, incluso, de increencia, son **«las oraciones aparentemente no escuchadas»**. Hemos rezado por algo durante semanas, meses y quizá años, pero nada. Dios nos ha parecido sordo y hemos creído que no nos escuchaba. Pero nada de esto ha sido así.

**«Dios escucha incluso cuando no escucha»**. En Él, la falta de escucha es ya una forma de atención. Retrasando la escucha, Dios hace que nuestro deseo crezca, que el objeto de nuestra oración se eleve, que de lo material pasemos a lo espiritual, de lo temporal a lo eterno, de lo pequeño a lo grande. De este modo, **«puede darnos mucho más de lo que le habíamos pedido»** en un primer momento.

Sin embargo, con frecuencia, cuando nos ponemos en oración nos parecemos a ese campesino que había recibido la noticia de que sería recibido en persona por el rey. Era la oportunidad de su vida. Podría pedirle lo que quisiera, seguro de que le sería concedido. Llega el día y el buen hombre, emocionadísimo, es recibido por el rey y ¿qué le pide? **«¡Un quintal de estiércol para sus campos!»** Era lo máximo que se le había ocurrido.

Pues bien. Muchas veces nosotros también nos comportamos con Dios de la misma manera. Lo que le pedimos comparando con lo que podríamos pedirle no es más que un quintal de estiércol, nimiedades que sirven de muy poco, es más, pequeñeces que, incluso, pueden volverse contra nosotros mismos.

San Agustín era un gran admirador de la Cananea. Aquella mujer le recordaba a su madre, **«Mónica»**. También ella había rezado durante años pidiéndole al Señor la conversión de su hijo. No se había desalentado en ningún momento hasta ver que aquel hijo suyo regresaba al Señor. Por ello, San Agustín en uno de sus discursos, recordaba aquellas palabras de Jesús: **«Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; tocad y se os abrirá»** para terminar diciendo: **«Así hizo la Cananea: pidió, buscó, tocó la puerta y se le abrió»**. Hagamos nosotros también lo mismo y también la puerta se nos abrirá.

El Señor **«nunca se da la vuelta»** ante nuestras necesidades y, si a veces, parece insensible a nuestras peticiones de ayuda, es para poner a prueba y robustecer nuestra fe. Nosotros debemos **«continuar gritando»** como aquella mujer cananea **«¡Señor, ayúdame! ¡Señor ayúdame!»**, con perseverancia y valor. Y este es el valor que se necesita en la oración.

Mensajes del Papa Francisco

"Señor, si tú quieres puedes sanarme; si tú quieres puedes perdonarme; si tú quieres puedes ayudarme" ... "Señor, soy pecador, ten piedad de mí, ten compasión de mí". Oración sencilla, que se puede decir muchas veces al día. "Señor, yo pecador, te pido: ten piedad de mí." Muchas veces al día, interiormente desde el corazón, sin decirlo en voz alta: "Señor, si tú quieres, puedes; si quieres, puedes". Ten piedad de mí.

Aquel leproso, con su oración sencilla y milagrosa, logró obtener la curación gracias a la compasión de Jesús, que nos ama incluso en el pecado.

- Papa Francisco



Este episodio evangélico nos ayuda a entender que todos tenemos **«necesidad de crecer en la fe y fortalecer nuestra confianza en Jesús»**. Todos tenemos nuestra propia historia, muchas veces difícil, con dolores, problemas y pecados.

Y como la cananea, es bueno ponerla delante del Señor: **«¡Señor, si Tú quieres, puedes sanarme!»** Y podremos hacerlo si tenemos delante nuestro, el rostro de Jesús, si vemos cómo es su corazón, **«un corazón lleno de compasión»**, que lleva sobre sí nuestros dolores, nuestros pecados, nuestros errores, nuestros fracasos. Un corazón que nos ama como somos, sin maquillaje, con total familiaridad.

Para ello necesitamos **«alimentar cada día nuestra fe»**, con la escucha de la Palabra de Dios, con la celebración de los Sacramentos y con la oración personal como **«grito»** hacia Él, **«Señor, ayúdame»**, Y también con **«actitudes concretas de caridad hacia el prójimo»**.

El Papa Francisco nos invita una y otra vez a llevar con nosotros un pequeño **«Evangelio»** en el bolsillo o en el móvil y **«leer cada día un pasaje»**. En el Evangelio encontraremos al Jesús que **«nos ama y nos perdona»**. Y el Papa nos invita también a rezar esta hermosa oración que nos enseña una mujer pagana, no cristiana: **«¡Señor, si Tú quieres, puedes sanarme!»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram  
www.parrokiabetharram.com  
20 de agosto de 2023